

**Carlos Murciano:**

# Las sombras en la poesía de Federico García Lorca

Carlos Murciano. 1931. Poeta español, de los más renombrados de la escritura castellana contemporánea. Autor de cuando menos ochenta libros galardonados en su país y fuera de él con significativos premios.

En octubre pasado, el notable vate estuvo en Bolivia. Invitado por la Dirección General de Cultura y Patrimonio del Municipio de Santa Cruz y por el VIII Festival Internacional de la Cultura, en Sucre, y cumplió inusitada actividad luciendo su enorme sapiencia poética.

En la ciudad de Sucre, en el marco del Festival y el auspicio de la prestigiosa Fundación Cultural «LA PLATA», el poeta español dictó su memorable conferencia titulada: Las Sombras en la poesía de Federico García Lorca, donde trasunta con galanura y acabado conocimiento un aspecto emblemático de la poesía del granadino García Lorca.

El Duende, primordialmente, tiene el privilegio de publicar el contenido de la conferencia. Su entrega al lector se hará en 5 partes.

Luis Urquiza M.

## (SEGUNDA DE 5 PARTES)

Años más tarde, en Bodas de sangre, disfrazaría de Mendiga a la Muerte, con unos tenues paños verdeoscuros y una nube de pájaros tras su pisar descalzo. Esa Mendiga tomará la palabra cuando Leonardo y el Novio regresan yertos ya, a la casa:

**«Cubiertos con dos mantas ellos vienen sobre los hombros de los mozos altos. Así fue; nada más. Era lo justo. Sobre la flor del oro, sucia arena»**

«La flor del oro -escribe Feal Delibe- encierra un simbolismo amoroso, vital: "Deixame morrer no leito/soñando con froles d'ouro", clamaba la enamorada mujer de "Danza de lúa en Santiago". Y la imagen volverá otra vez a repetirse en ese instante de las trágicas Bodas, por boca de la Niña:

**«Sobre la flor del oro traen a los novios del arroyo. Morenito el uno, morenito el otro. ¡Qué ruisenor de sombra vuela y gime sobre la flor del oro!»**

### **La difícil sombra.**

Con Juan Ramón, podríamos preguntarnos: «¿Sombra de qué, de quién, de cuándo?». De nuevo es el Libro de Poemas el que nos brinda las citas. Así, en «Los álamos de plata», luego de hablar de «la sombra del pecho», Federico dice:

**«Brotaría en la sombra del amor carcomido una fuente de aurora tranquilla y maternal».**

La sombra del amor carcomido: He aquí una muestra de su imaginación, de su capacidad creadora. Lo irreal llega a alcanzar tal presencia corpórea, que incluso proyecta sombra. (Recuerdo que Felipe Lorenzo ha hablado de «las sombras de las cosas imposibles»). Igual ocurre con «La sombra de mi alma»:

**«La sombra de mi alma huye por un ocaso de alfabetos niebla de libros y palabras».**

El verso inicial, que nomina el poema, se repite como un estribillo a lo largo del mismo. También en un bello endecasílabo de su «Balada

triste», el poema más antiguo de este libro, encontramos al poeta a la sombra de su tristeza: «¡Qué tristeza tan seria me da sombra!». Veinte años tenía entonces Federico y su dolor estaba ya maduro como una fruta, «serio» como en el momento de su muerte. En este mismo libro el poeta hace una rara -azul?- consulta a la pasionaria, a su lámpara y a la estrella. Cuando interroga a ésta, nos revela un inverosímil matiz de la sombra: su espuma.

**«Clara estrella azul, ombligo de la aurora. ¿Vives bien en la espuma de la sombra?».**

En 1931 ponía en boca de la Mecanógrafa de Así que pasen cinco años estos otros versos: «No: que el sol es una gran tronco / y tú la sombra de un río». Y en el penúltimo poema de Poeta en Nueva York, había escrito que el número dos no ha sido nunca un número «porque es una angustia y su sombra». Apuntemos aquí que en este libro, el más atormentadamente oscuro de García Lorca, se da la nota curiosa de que apenas si desfilan una sombra. Además de la citada, aparece en «Vals en las ramas», donde vemos un torso de sombra coronado de laurel, y en esos negros que «odlan la sombra del pájaro / sobre el pleamar de la blanca mejilla» y que tienen un rey fabuloso, con una «sombra vegetal» y una barba inmensa que hasta el mar se prolonga.

### **La sombra de los cuerpos.**

He aquí la sombra de lo que es volumen bajo la luz. Cielo, monte, llanura, son camino para su paso, lleno para su dibujo umbrió. Sombra animal y vegetal: hombre, bestia y árbol. (Incluso, como acabo de anotar, una «sombra vegetal» proyectada por un ser humano. Y una sombra de pájaro sobre una mejilla).

Son escasas las sombras de animales que encontramos en sus versos: tres, para ser precisos: palomas, mulos y caballos. Las primeras cruzan el aire de una de sus canciones; la llamada «Cazador»:

**«Cuatro palomas vuelan y tornan. Llevan heridas sus cuatro sombras».**

versos que dieron pie a José García Nieto para escribir su extensa «Oda a una pelotari». Las otras están en estos versos:

**«Se ven desde las barandas por el monte, monte, monte, mulos y sombras de mulos cargados de giradores».**

(«San Miguel». Romancero Gitano)

**«Lorenzo, Emilio, Enrique. Fueron los tres en mis manos tres montañas chinas, tres sombras de caballos».**

(«Fábula y rueda de los tres amigos». Poeta en Nueva York)

En el Poema del Cante Jondo («Diálogo del Amargo»), Federico aplica un extraño verbo a la sombra de un corcel: «salomonizar». «El camino ondulante salomoniza la sombra del animal», escribe. Comentándolo, Gregorio Prieto ha señalado que «en el inteligente dibujo de esta última sombra, la columna de estilo salomónico va rodando por ese camino, tirada y conducida por su proyector, el caballo».

Si comparamos -dice- esta última sombra barroca con la japonizante de las palomas de «Cazador», vemos la gran diferencia que existe entre ambas. Este «Cazador», más que un breve poema, es una ilustración impresionante.

Más abundantes son las sombras de los árboles: manzano, chopo, naranjo, encina, ciprés o, sencillamente, «árbol», como en ese premonitorio «Murió al amanecer».

**«Noche de cuatro lunas y un solo árbol, con una sola sombra y un solo pájaro».**

Idea que vemos repetida en el mismo libro -Canciones-, en «Huerto de Marzo»: «Mi manzano / tiene ya sombra y pájaros». En Mariana Pineda leemos:

**«No hay luna y aunque la hubiera los chopos de la ribera dan una sombra apretada».**

(Continuará)



Federico García Lorca

